

Antropología y clase obrera

Reflexiones sobre el tema a partir de la experiencia de la Antropología Social Mexicana *

Juan Luis Sariego Rodríguez **

Introducción

Esta ponencia trata de plantear un balance general de la experiencia profesional de los antropólogos mexicanos que durante los últimos quince años han puesto su atención alrededor de la temática obrera. Trataremos de explicar primero el contexto político y académico en que surge esta nueva preocupación disciplinaria sin muchos antecedentes en la tradición antropológica nacional. Después, revisaremos las temáticas más relevantes y las influencias teóricas y metodológicas presentes en los estudios antropológicos actuales sobre la clase obrera mexicana.

El balance que proponemos no pretende tanto ser una recopilación bibliográfica exhaustiva de las aportaciones sobre el tema⁽¹⁾ cuanto una reflexión personal acerca de las raíces, el recorrido metodológico y las respuestas —muchas, aún incipientes— de la preocupación antropológica sobre la clase obrera en México.

Entre la tradición y la interdisciplinarietà: raíces de las preocupaciones antropológicas por la cuestión obrera.

Hasta los años sesenta, puede decirse que la clase obrera no constituía un campo de estudio que atrajera el interés de los antropólogos mexicanos. Hoy, en cambio la situación es diferente. Como muestra, basten algunos ejemplos: en los planes de estudio de la carrera de antropología social de diferentes escuelas superiores se incluyen entre las materias, cursos y seminarios sobre la historia y coyuntura del movimiento obrero, prácticas de investigación de campo en zonas industriales, etnografías sobre el trabajo fabril, estudios

* Ponencia presentada al II Congreso Argentino de Antropología Social. Agosto, 1986. Buenos Aires, Argentina.

** Maestría en Antropología Social -ENAH.

sobre las condiciones de vida y reproducción de la familia y la clase obreras, rescate de testimonios orales e historias de vida obreras etcétera.



En otras áreas de especialización antropológica, también la cuestión obrera ha comenzado a cobrar relevancia: así, mientras algunos lingüistas se han abocado a analizar las formas del lenguaje y el discurso obreros, varios antropólogos físicos y médicos se muestran interesados en discutir problemas relacionados con el desgaste físico en el trabajo industrial, la salud ocupacional y las percepciones obreras sobre el cuerpo. De otro lado, en no pocos círculos del medio arqueológico en los que la tradición marxista es sólida, se habla a menudo de la necesidad de iniciar estudios sistemáticos de arqueología industrial.⁽²⁾

Desde mi punto de vista y refiriéndonos en particular a la práctica profesional de los antropólogos sociales, dos elementos aparentemente contradictorios han caracterizado su acercamiento a la cuestión obrera: la especialización interna en el seno de la antropología social y la interdisciplinariedad con otras áreas de las ciencias sociales.

La especialización es una tendencia muy clara en toda la antropología social de los últimos veinte años y se manifiesta en una creciente división de campos de estudio particulares, cada uno con un bagaje de tradiciones etnográficas, teóricas y metodológicas diferentes. De entre estos campos, sin lugar a dudas, el de los estudios étnicos e indígenas es el

que cuenta con un mayor cúmulo de tradiciones lo que se expresa en una producción etnográfica diversificada y una larga serie de polémicas centradas alrededor de las relaciones entre etnia, clase, Estado y nación.

También, y por lo menos desde los años sesenta, la problemática campesina en sus diferentes expresiones —la economía, las formas de organización y movimiento social, la cultura— han ido cobrando un auge creciente en el que sin duda ha jugado un papel significativo la influencia del marxismo en los estudios sobre el campesinado en América Latina.

Algo similar ha sucedido también en los últimos años con los estudios de la antropología urbana, la cultura popular y la antropología médica. En relación a todos estos campos, el de los estudios obreros es uno de los más recientes.⁽³⁾

La experiencia académica acumulada en cada uno de estos campos del saber antropológico se refleja en forma proporcional en el peso específico y prioridad que cada una de estas temáticas tiene en los planes de estudio curriculares, los programas de investigación, la orientación de los profesionales antropólogos en el mercado de trabajo nacional e incluso —valga decirlo— la composición social de los grupos, por afinidad de intereses, que componen "la familia antropológica" mexicana.

La división en campos de especialización no sólo revela una multiplicidad de intereses sino que también se expresa en una tendencia a la particularización (¿parcelación?) del saber, las orientaciones teóricas, las prácticas metodológicas y en general el quehacer antropológico. Por ejemplo, y refiriéndonos concretamente a la antropología industrial, es claro que la etnografía del espacio y del ambiente fabril, la comprensión de las instituciones y expresiones del sindicalismo, el acercamiento a las formas de vida, reproducción y cultura de la clase obrera, requieren de una serie de herramientas teórico-metodológicas diferentes de aquellas, más tradicionales en la antropología, que ponen el acento en la perspectiva de la comunidad, el particularismo étnico enfrentado a la cultura nacional, las prácticas económicas sustantivas de determinados grupos sociales o la persistencia de las estructuras políticas tradicionales en el medio rural e indígena.

Pero si en la orientación a la especialización temática la antropología industrial ha seguido la misma tendencia que se observa en otros campos de estudio dentro de esta disciplina, no puede en cambio decirse lo mismo en cuanto a la inserción de los estudios obreros en la tradición antropológica y ello por una simple razón: hasta los años setenta, la clase obrera no pasó de ser un objeto de referencia secundaria en la antropología, como muy acertadamente lo ha señalado un colega, comentando ese periodo:

... "La referencia a los obreros industriales han quedado como nota al margen: o bien un hermano del ego es obrero, o bien un campesino ha sido bracero, o bien un tío que emigró a la ciudad trabaja en la industria. Los obreros, para los antropólogos siguen siendo campesinos, o, en el mejor de los casos, familiares de campesinos..."⁽⁴⁾

Esta ausencia de la tradición académica sobre el tema ha tenido consecuencias importantes. Quienes como antropólogos quieren especializarse en la cuestión obrera, han tenido que "abrazar" obligadamente el credo de la interdis-

disciplinaria con otras ciencias sociales que tenían y tienen más oficio en esa problemática. En este sentido es claro que, en México, el acercamiento antropológico a los problemas obreros ha requerido de una asimilación crítica de marcos teóricos que provienen de la historia social, la economía política y la sociología del trabajo, entre otras disciplinas, y que el recurso a esa interdisciplinaria parece haber dado mejores frutos que la vuelta a las "fuentes" de la tradición antropológica. Por todo ello, sobra decir que la antropología obrera o industrial nació desde el principio no como un campo acotado a los antropólogos, sino más bien como un intento de diálogo de éstos con otros científicos sociales —historiadores, economistas, sociólogos, politólogos, médicos,... etcétera— interesados también por la clase obrera.⁽⁵⁾

Pero entonces, ¿cuál debe de ser el enfoque específico de la antropología en su acercamiento a la clase obrera? Si queremos superar los marcos de la defensa gremialista de nuestra profesión y las polémicas meramente especulativas sobre nuestros objetos de estudio, la pregunta a responder sería más bien esta otra: ¿Cuáles han sido las preocupaciones reales y las respuestas concretas de los antropólogos sobre la cuestión obrera? ¿De dónde surgió esta preocupación que no tuvo sino vagos antecedentes en la tradición de nuestra disciplina, y en qué vías se ha desenvuelto?

Preocupaciones y respuestas antropológicas a la cuestión obrera.

Entre los antropólogos mexicanos parece haber un consenso al afirmar que la experiencia del movimiento popular de 1968 y la participación en él del movimiento estudiantil (académico, universitario) significó un parteaguas en la historia de la antropología mexicana. Sin pretender hacer aquí un balance de las consecuencias que tuvo este proceso político, es evidente que significó de una parte el resquebrajamiento de una vieja tradición funcionalista de inspiración norteamericana y de otra, la incorporación del pensamiento marxista a la docencia y a la práctica investigativa en todos los campos de especialidad antropológicos.

En esa coyuntura histórica y a partir de las experiencias de alianza y acercamiento entre obreros e intelectuales, los antropólogos —y no sólo ellos— comenzaron a preocuparse y a tematizar alrededor de un hecho cada vez más evidente en la escena nacional: el movimiento o las expresiones militantes de la clase obrera.

a.) El optimismo de la insurgencia sindical.

En México, el final de los años sesenta y la década de los años setenta fueron caracterizados por los estudiosos de la clase obrera como un período de "insurgencia sindical" cuya expresión más notoria fueron los movimientos y huelgas en empresas de las ramas de autopartes (SPICER), metal-mecánica (CINSA-CIFUNSA), en los sindicatos nacionales de industria como el minero-metalúrgico (huelgas en Aceros ECATEPEC, Constructora Nacional de Carros de Ferrocarril, en las plantas siderúrgicas de Monterrey, Monclova y Las Truchas Lázaro Cárdenas, en las minas de Pachuca, Taxco, La Caridad...etcétera), el de los petroleros, ferrocarrileros, maestros y profesores universitarios.⁽⁶⁾

Más allá de sus particularidades a las que no nos referiremos, todos estos movimientos y otros más, tuvieron un denominador común: el cuestionamiento a fondo de la política corporativa ejercida por el Estado mexicano desde los años treinta sobre los sindicatos y las centrales obreras. Frente a ella, se alzaba la demanda de la "democracia sindical", es decir, la recuperación de los órganos de representación y negociación obrera, la participación directa de los trabajadores en la toma de decisiones relacionadas con la pugna obrero-patronal y por ende, el derrocamiento y suplantación de la vieja burocracia sindical —conocida en México con el apelativo de "charros"— enquistada en los comités ejecutivos y coludida con el Estado para ejercer un control político y social sobre los trabajadores de la industria.

Este panorama de demandas, surgidas muchas de ellas en el contexto político de un régimen populista, —el sexenio del Presidente Echeverría— fue el marco de referencia de las primeras reflexiones y preocupaciones antropológicas sobre la clase obrera. Esta era vista fundamentalmente como un *sujeto político* que, a través o por encima de sus dirigencias, establecía un debate con el Estado y la clase empresarial, tratando de cuestionar su condición de subordinación y sometimiento. El debate llegó incluso a plantear propuestas sobre el reordenamiento nacionalista de ciertos sectores de la industria paraestatal, la dependencia externa y la intervención de los obreros en la gestión de las industrias.

En esta óptica de preocupaciones y análisis, cobraron especial relevancia los testimonios de huelgas y protestas obreras, planteándose así una vertiente de estudios sobre la historia y la coyuntura del movimiento obrero.⁽⁷⁾ En esos años se discutió también ampliamente el comportamiento político de las dirigencias obreras oficialistas, —"la burocracia sindical"—, cuya legitimidad derivaba, según se explicaba, de sus alianzas con el Estado y no de sus capacidades para crear consenso en las bases que aparentemente representaba.⁽⁸⁾

En el trasfondo de estos análisis y aunque de forma vaga y confusa se perfilaban dos conceptos explicativos del movimiento obrero: el espontaneísmo y la conciencia de clase. La acción espontánea de los trabajadores era la expresión más común de la protesta obrera que no podía canalizarse por la vía institucional de los aparatos sindicales, justamente porque era la lógica y el funcionamiento de estos aparatos lo que se cuestionaba. La clase obrera aparecía así en una lucha por recuperar sus órganos de representación, desvirtuados por el control político que ejercían los burócratas sindicales y, a través de ellos, el propio Estado.

El tema de la conciencia obrera se convirtió en una especie de parámetro para calificar, desde fuera y de forma un tanto mecánica y ahistórica, el grado de madurez clasista de los obreros de la industria mexicana, en relación a dos conceptos marxistas de difícil concreción: la conciencia "en sí" y la conciencia "para sí". De esta forma, no sólo era posible comparar experiencias de movimientos obreros diferentes, sino incluso postular una especie de itinerario por el que los obreros deberían de transitar para recuperar al fin su autonomía clasista.

Otros conceptos más históricos como el del nacionalismo, tema central en muchas de las argumentaciones obreras

de la época contra el Estado, aun cuando fue multicitado por los estudiosos no mereció sin embargo análisis profundos y sistemáticos.

Con todo y eso, la visión de las ciencias sociales sobre los trabajadores industriales comenzó a ser optimista. Para los antropólogos, en particular, los obreros dejaban de ser ya el sector popular de ideología más conservadora, los "hijos predilectos" de un régimen que los había beneficiado con los frutos de la modernización, la urbanización y una industrialización costeada, por los demás, con la explotación del trabajo campesino en una agricultura productora de alimentos y divisas que hizo posible la tan esperada sustitución de importaciones. Por el contrario, la clase obrera aparecía ante la perspectiva antropológica como un sujeto social revolucionario, en movimiento, en tensión, capaz de cuestionar uno de los pilares del Estado mexicano, su alianza corporativa con las clases trabajadoras.

El optimismo por la "insurgencia sindical" tuvo sus méritos y sus limitaciones. De entre los méritos, sin duda, el más pertinente fue el de acabar convenciendo a muchos científicos sociales de la importancia política y económica de la clase obrera en un país donde el eje de la acumulación capitalista se había desplazado hacia la industria y cuyos obreros conformaban un sujeto político y productor de riquezas presente en la sociedad nacional.⁽⁹⁾

Algunas de las limitaciones de este optimismo obrerista fueron obvias. El desencanto que produjo la represión gubernamental a ciertas movilizaciones obreras, en especial la de los electricistas agrupados en la llamada Tendencia Democrática del Sindicato Único de Trabajadores Electricistas de la República Mexicana, cuestionó no sólo el optimismo, sino también la explicación del espontaneísmo, mostrando que la acción obrera no podía explicarse por sí misma y que era necesario buscar otras raíces.

Pero quizás el límite más notorio de estos enfoques fue su relativo silencio sobre la situación, la condición y las aspiraciones reales de las bases trabajadoras. El análisis de los comportamientos obreros caía en muchos casos en una óptica reduccionista que confundía la acción de los trabajadores con la de sus representantes coludidos o enfrentados con el Estado, o que, simplemente la ignoraba. De ahí el prurito por estudiar el movimiento obrero desde sus entresijos, desde sus estructuras organizativas, desde sus siglas y siempre en relación con el Estado. También, por eso mismo, el discurso de las ciencias sociales durante aquellos años sobre la clase obrera fue, en buena medida, una reflexión teórica sobre el carácter corporativo del Estado mexicano.

En esta etapa de preocupaciones sobre el movimiento obrero a la que nos hemos referido, los antropólogos estuvieron presentes y contribuyeron a esclarecer una problemática que se convirtió desde el principio en interdisciplinaria. Me inclinaría a proponer como hipótesis que no hubo una diferencia sustancial entre el punto de vista antropológico de aquellos y el de otros científicos sociales. Las diferencias tuvieron que ver más bien con los métodos y las técnicas de acercamiento al problema, y en particular, con el recurso al trabajo de campo y al levantamiento de testimonios orales en aquellos lugares donde estallaran conflictos obreros.

Por lo demás, este "desdibujamiento" relativo de la especificidad antropológica correspondió a un período en que ésta misma se cuestionaba al calor de las críticas a la tradición culturalista norteamericana y a una etapa de reorganización de los planes de estudio en la carrera de antropología social que trajo como consecuencia la asimilación de materias como la economía política, la historia social, la sociología de la dependencia, etcétera., todas ellas novedosas en el medio antropológico.

Acabemos diciendo que en esta primera fase de los estudios obreros aun cuando la problemática se redujo en buena forma a las situaciones de conflicto hacia las que se orientó la estrategia de investigación, permitió a los antropólogos familiarizarse con el lenguaje, la bibliografía y los métodos de análisis de otras ciencias sociales con más tradición en el estudio de la cuestión obrera.

b.) Del movimiento a la condición productora de la clase obrera.

Las preocupaciones por las expresiones militantes del sindicalismo, desde que se iniciaron al principio de los años setenta, nunca han dejado de ser de interés para los antropólogos mexicanos. Pero también, estas preocupaciones se enriquecieron en la medida en que comenzó a tematizarse no sólo el movimiento sino también la *condición obrera* y en particular su condición productora y proletaria.

Este viraje de los estudios obreros en el que los antropólogos jugaron un papel decisivo desde el final de los años setenta⁽¹⁰⁾ significó poner en el centro de los debates la categoría del *trabajo industrial* o, en otros términos, la visión del obrero como sujeto productor de bienes y mercancías en el contexto del espacio fabril y la división capitalista del trabajo.

La práctica etnográfica en fábricas, talleres y minas no tardó en constatar la enorme heterogeneidad de los procesos de trabajo en una industria caracterizada por su desarrollo tecnológico desigual. A la diversidad de procesos productivos correspondía una diversidad de figuras y categorías obreras, resultado de la evolución y superposición de fases distintas de la división capitalista del trabajo, desde la cooperación hasta la manufactura, el taylorismo o la organización científica del trabajo y las cadenas de montaje. A los ojos de los antropólogos la escena fabril aparecía como un complejo tejido de relaciones sociales en donde, en medio de las jerarquías y la disciplina laboral, se gestaba al mismo tiempo la explotación y la resistencia.

Para poder abordar este mundo de relaciones sociales, los antropólogos decidieron echar mano del instrumental teórico y metodológico de la sociología del trabajo. En México fue particularmente fructífera la asimilación de las aportaciones de la escuela francesa (Touraine, Naville, Friedmann, Mallet, Durand, Freyssenet, Coriat, Gorz, etcétera.), así como de otros autores (Panzieri, Braverman). De la lectura y discusión de la obra de estos estudiosos del trabajo industrial surgió una selección de ciertas prioridades de investigación tales como la relación entre las formas de inserción al trabajo industrial y las respuestas obreras, sobre todo en contextos de reestructuración tecnológica, el análisis de las categorías y jerarquías obreras en términos de la calificación profesional.

Tomando como punto de partida ciertas tipologías como las de Touraine y Mallet que asocian los niveles de calificación-descalificación, las figuras obreras dominantes y los modelos de sindicalismo (obreros profesionales—sindicatos de oficio; obreros especializados—sindicatos de rama; automatización—sindicatos de empresa), los antropólogos comenzaron a analizar problemas tales como la evolución de ciertos oficios o profesiones, el impacto de la mecanización y automatización en la descalificación obrera, el carácter diferenciado de las demandas laborales de los sectores obreros, las actitudes ante el trabajo y la jerarquía empresarial, los mecanismos formales e informales de resistencia a la división capitalista del trabajo muchos de los cuales no se analizan por las vías de la acción sindical, la dinámica de representación y gestión de las demandas obreras desde las células primarias del trabajo (el departamento, el taller) hasta el sindicato, la lógica con que en diferentes ramas industriales opera la contratación colectiva y la negociación de las condiciones de trabajo, el peso que los problemas de la salud ocupacional en el debate obrero-patronal, etcétera. (11)

La discusión sobre los efectos sociales de la reestructuración tecnológica estuvo de moda en México hace algunos años a raíz de una serie de congresos internacionales organizados por la Universidad Nacional Autónoma de México y vuelve en la actualidad a estar en el centro de los debates en torno a la "reconversión industrial".

En mi opinión, los antropólogos y en general los científicos sociales mexicanos preocupados por el tema se vieron en cierta forma "deslumbrados" por los relatos de otros colegas de países avanzados, a través de los cuales pudimos conocer, entre otras cosas, los efectos de la introducción de la robótica, las máquinas de control numérico y otros procesos automatizados. El conocimiento de estos hechos provocó una cierta tendencia a sobrestimar los niveles de tecnificación de la industria nacional y sobre todo, a ligar de forma automática la crisis y el desempleo con la innovación tecnológica. Las tendencias de los últimos años han puesto en duda esa explicación porque la desocupación ha sido mayor en los sectores de la pequeña y mediana industria, sectores tradicionalmente atrasados. Por lo demás, es evidente que la industria de punta transnacionalizada ha entrado ya en la era de la automatización.

La etnografía hecha desde la fábrica ha proporcionado imágenes nuevas y más complejas de la clase obrera. El conocimiento de sus formas de acción y de resistencia en los núcleos primarios del espacio productivo ha ayudado a entender los mecanismos de gestación del control, la protesta, la negociación y el consenso obreros. La óptica reduccionista que enfatizaba el papel del liderazgo sindical se ve ahora rebasada por una perspectiva de análisis que pone el acento en la intervención directa de los trabajadores en los procesos productivos.

También la clase obrera aparece ya como un sujeto cuya acción política no se restringe a sus relaciones con el Estado: la fábrica es un espacio donde se juega el poder, donde se negocia con el capital el valor de la fuerza de trabajo, donde se defiende el saber obrero, la calificación y, en definitiva, el control sobre los procesos productivos. La fábrica, en fin, es la escena primaria del conflicto de clases.

Pienso que en el acercamiento al fenómeno del trabajo industrial los antropólogos mexicanos han contado con una ventaja en relación con otros científicos sociales nacionales y, al mismo tiempo, tienen aún y para consigo mismos una deuda histórica que saldar. La ventaja radica en provenir de una sólida tradición etnográfica cuyos métodos y técnicas de observación directa y de campo han mostrado su eficacia real a la hora de analizar desde dentro el medio fabril.

La deuda que saldar consiste en establecer nexos históricos y estructurales-actuales que articulen las viejas discusiones sobre el trabajo en las sociedades "primitivas", no capitalistas, tradicionales y las reflexiones de actualidad sobre el trabajo industrial, expresión histórica de la separación creciente entre "brazo y mente", entre concepción y ejecución. En otras palabras, el reto es una invitación a la elaboración y sistematización de una historia del trabajo que incorpore, desde una perspectiva que no sea unilineal, las etapas previas y coexistentes a la aparición de la fábrica como fenómeno dominante pero nunca único y exclusivo, y las formas de organización y división del trabajo regidas por criterios no capitalistas. (12) Esta reconstrucción histórica constituye sin lugar a dudas una tarea inédita en México y probablemente en otros países de América Latina.

c.) La formación de la clase obrera.

El interés antropológico por estudiar la condición obrera ha ido más allá del análisis del trabajo industrial. Tomando como punto de partida una perspectiva histórica, los antropólogos se han cuestionado acerca de los orígenes y etapas del proceso de proletarianización y formación de la clase obrera: los trabajadores de la industria, ¿quiénes eran antes de incorporarse a la vida fabril? ¿Por qué lo hicieron? ¿Cómo vivieron los procesos de migración y de ruptura cultural entre una sociedad agraria tradicional y un mundo industrial caracterizado por la disciplina fabril? En fin, ¿qué efecto dislocador tuvo la revolución industrial sobre las mentalidades y costumbres de los nuevos obreros?

Todas estas preguntas no surgieron por azar sino que se sitúan en la frontera entre las temáticas étnico-campesinas y la cuestión obrera: la proletarianización de los trabajadores de la industria no es sino la otra cara de la moneda de la descampesinización y de la expoliación de las comunidades indígenas y también, el resultado de la migración campo-ciudad.

En el intento por resolver estas cuestiones, se han planteado de forma implícita al estudiar diferentes sectores de la clase obrera, dos perspectivas metodológicas complementarias: la primera es la de quienes ven la industrialización como un fenómeno de irrupción violenta que significó para los obreros mexicanos que lo vivieron una ruptura de sus vínculos con la tierra y la comunidad de origen o, en su caso, la destrucción de la autonomía profesional de los viejos artesanos, un proceso violento de proletarianización e integración a la tecnología, organización y disciplina fabriles y una asimilación relativamente temprana de ideologías netamente obreristas. En esta óptica se enfatiza pues el proceso adaptativo del obrero a la fábrica y por lo mismo se prioriza como objeto de estudio la vida fabril misma.

El segundo enfoque propone en cambio que la industrialización es un proceso gradual y lento, sin rupturas ni desarraigos violentos con respecto a las condiciones culturales preexistentes entre los obreros en el que la aparición de una conciencia *proletaria* y la aceptación de las normas de la disciplina fabril requieren un largo período de tiempo. Es la *fábrica* la que lucha por adaptarse *al obrero* y no al revés. En esta otra óptica, el peso del análisis recae sobre las condiciones económicas, políticas y culturales de origen de los sectores que se incorporan a la industria. Por eso, se privilegia el estudio de la comunidad, de la unidad doméstica, de la resistencia al trabajo fabril y de las tradiciones culturales previas al impacto industrial.⁽¹³⁾

Las dos propuestas parecen no ser excluyentes sino explicativas de fenómenos diferentes que se dieron en ramas industriales y contextos regionales distintos. Además, los dos enfoques no sólo servirían para explicar la proletarianización de principios de siglo sino también la incorporación actual de nuevos contingentes a la industria del país.

El intercambio académico entre antropólogos e historiadores que siempre ha sido muy intenso en México, ha permitido establecer algunas hipótesis explicativas de la formación histórica de la clase obrera mexicana. Así, se destacan tres momentos en este proceso de formación. El primero, a mediados del siglo pasado, fue el escenario de la aparición de una incipiente clase obrera urbana muy ligada a sus orígenes artesanales y profesionales cuyo espacio de trabajo no es la fábrica sino el taller. La expresión más acabada de la defensa de la profesión entre estos trabajadores fue el mutualismo y el anarco-sindicalismo.

El segundo período que abarca desde principios de siglo hasta los años treinta vio nacer el proletariado de la gran industria dentro del cual, los campesinos fueron el sector de origen predominante y los obreros de oficio, una minoría. Para los primeros, su incorporación a la industria significó la ruptura cultural y socioocupacional con el medio agrario; para los segundos la pérdida de la autonomía profesional y para ambos, la aceptación gradual del principio de la especialización y parcelación del trabajo industrial. Estos sectores obreros canalizaron a través del sindicalismo por ramas nacionales de la industria la defensa de sus condiciones de vida, trabajo y el derecho a la participación política en la escena nacional, en especial en los años del gobierno cardenista.

El tercer proceso formativo de la clase obrera tuvo sus orígenes en el modelo industrializador nacido después de la Segunda Guerra Mundial y caracterizado por la transnacionalización de la industria y la modernización tecnológica. El mejor exponente de este nuevo sector obrero son probablemente los trabajadores de la industria automotriz, de autopartes y de la siderurgia integrada. Se trata de un grupo laboral que sólo ha conocido la fase de la especialización y descalificación, el "obrero-masa" como algunos gustan llamarlo, adscrito a los procesos repetitivos de la cadena de montaje, las máquinas *transfer* o la alimentación-supervisión de las máquinas-herramienta especializadas. Su origen social es predominantemente urbano, su ocupación previa, la escuela o el desempleo y sus antecedentes familiares hablan de una clase obrera de segunda o tercera generación.

Las tres formaciones históricas de la clase han evolucionado de forma paralela, desigual y, en algunos casos, con interacciones recíprocas. Así por ejemplo, el taller artesanal identificado con la unidad doméstica en ciertas ramas como la industria del calzado y la confección textil persisten al lado y al mismo tiempo que los viejos enclaves mineros y petroleros implantados por el capital extranjero a principios de siglo. Y en contraste con este panorama, la industria maquiladora fronteriza y la rama automotriz son escenario de los procesos de automatización más sofisticados.

La tipología que hemos presentado, aun cuando siga siendo una hipótesis de trabajo, ha derivado de una serie de monografías y estudios de caso de fábricas, complejos industriales, sindicatos y centrales obreras en cuya elaboración los antropólogos han jugado un papel importante.

Tanto en lo relativo a los análisis de la formación de la clase como a algunos enfoques sobre la cultura obrera, las influencias más determinantes sobre los antropólogos mexicanos han provenido fundamentalmente de la corriente de la historia social inglesa y en concreto de la obra de E.P. Thompson, E.J. Hobsbawm, R. Williams, R. Hoggart así como del trabajo pionero en México de J. Womack.

La asimilación de los postulados de la historiografía social obrera inglesa ha permitido superar el mecanicismo con el que los conceptos de clase, conciencia y acción obreras eran manejados por los antropólogos en los primeros momentos de estudio de la clase obrera, problema al que nos referimos anteriormente. Al mismo tiempo, dicha asimilación permitió un manejo metodológico de las categorías de *experiencia, situación y tradición* de clase, conceptos que por su historicidad son aplicables a situaciones concretas y evoluciones particulares de la formación de la clase obrera.

Por lo demás es evidente que la influencia de los ingleses ha contribuido a incorporar obligadamente la perspectiva histórica a todo tipo de estudio que pretenda dar cuenta de los problemas de la conciencia y la acción obreras, en detrimento de los enfoques meramente coyunturales que ponían el acento sólo en las situaciones del conflicto obrero.

d.) Cultura obrera, cultura de los obreros, cultura de masas, cultura urbano-popular.

El tema de la cultura obrera es hoy una de las modas en la antropología social mexicana, pero al mismo tiempo, es una de las nociones sobre las que existen más divergencias, equívocos, desacuerdos y confusiones. Visto desde otra perspectiva y paradójicamente el tema de la cultura, que según algunos debió de haber sido el tema inicial de la preocupación antropológica sobre la clase obrera, ha sido más bien un problema al que se llegó después de esclarecer otros aspectos como el movimiento, la condición y la formación de la clase obrera.

En 1984, el Museo de Culturas Populares organizó una exposición bajo el título "Obreros somos... expresiones de la cultura obrera mexicana" y, con motivo de ello, auspició un coloquio sobre el tema, acontecimiento que de alguna manera significó que la noción de cultura obrera adquiriera una carta de ciudadanía dentro de la disciplina antropológica. Sin embargo, el coloquio evidenció que los antropólo-

gos mexicanos piensan en cosas distintas cuando usan el término.⁽¹⁴⁾

Algunos, los menos, sostenían que el concepto no tiene ninguna pertinencia teórica ni antropológica y que su uso sólo tiene un carácter convencional. Los obreros—se aducía—no tienen ni generan una cultura en el sentido en que este concepto ha sido aplicado tradicionalmente por el antropología a los grupos indígenas. A lo sumo,—se añadía—se podrá hablar de ciertas particularidades—la *cultura de los obreros*—en los comportamientos y formas de vida de la clase trabajadora. Pero la cultura, antropológicamente hablando es un concepto demasiado denso como para ser equiparado a estas formas particulares de comportamiento obrero. Nos remite a concepciones y valores globalizantes sobre los que se define la identidad (¿étnica?) de un grupo social frente a otros y ésta no es la situación de la clase obrera frente a la cultura dominante, nacional o popular. Lo que algunos antropólogos llaman “cultura obrera”—se acababa argumentado—no es sino un concepto asignado, extrapolado que define más bien la cultura de clase que los obreros *deberían tener* y asumir según el papel protagónico que la teoría marxista asigna a esta clase en el devenir de la historia de la lucha de clases. Pero una cosa es la *cultura de los obreros*—la que realmente asumen en sus prácticas y concepciones de la realidad—y otra, la *cultura obrera*, de clase que pretende asignarseles en virtud de postulados de la teoría marxista.

Hasta aquí, la argumentación de quienes negaban la pertinencia del concepto de cultura obrera. En dicha argumentación destaca la recurrencia al concepto globalizador de cultura—la cultura es todo lo que define la identidad de un grupo social—que deriva del enfoque culturalista de la antropología norteamericana (Boas, Murdock) centrada en el estudio de los grupos étnicos a los que se concibe con un alto grado de autonomía cultural en el contexto de la sociedad global. En esta perspectiva de la antropología culturalista el problema de la relación entre clases sociales y cultura pasa a ser secundario, lo que a mi juicio determina la incapacidad de esta concepción para enfrentar el tema de la cultura obrera en una sociedad, por definición, clasista.

Un segundo enfoque presente en el coloquio al que nos estamos refiriendo trataba de asimilar el concepto de cultura obrera al de cultura de masas. La cultura obrera no sería otra cosa que la apropiación que los sectores obreros, hijos de la modernización e industrialización, hacen de la cultura masiva y masificada propagada por los medios de comunicación. No cabe en esta óptica sino una visión pasiva y pesimista de la capacidad de creación cultural de la clase obrera, visión que remite a los postulados de los teóricos de la Escuela de Francfort.

Una tercera propuesta discute el problema de la cultura obrera en el contexto de la cultura urbano-popular. La primera sería uno de los componentes de la segunda o una forma de asimilación particular de las concepciones, valoraciones y comportamientos de los sectores urbano-populares. Resulta, en mi opinión, poco manejable y verídica esta explicación si tenemos en cuenta que la clase obrera no siempre se ubica en contextos urbanos o metropolitanos. Además es más que probable que la cultura urbana en México no sea homogénea sino diversificada y dependiente

de variables histórico-regionales, del tamaño y evolución demográfica, de la estratificación y segregación social en el espacio, de los procesos de migración, etcétera (¿Acaso sería similar la cultura urbana de los barrios y colonias centrales de la ciudad de México y la de las ciudades fronterizas, petroleras, mineras...?)

Un cuarto y último enfoque que se expresó en el coloquio de referencia conjugaba una serie de postulados de los que destacamos los más significativos.

La cultura obrera no puede ser entendida ni postulada sino como una *cultura de clase* es decir como un conjunto de respuestas históricas de la clase obrera que implican sistemas de valores, modelos de comportamiento y formas de vida que apuntan implícita o explícitamente hacia una visión del mundo y de las relaciones sociales distinta y alternativa a la de otras clases sociales. La cultura obrera tiene siempre el carácter de una respuesta, de una alternativa o de una resistencia frente a otros modelos culturales.

El carácter histórico de la cultura obrera explica su heterogeneidad y variabilidad en el espacio y en el tiempo. La cultura es un proceso de definición de una identidad social frente a otras, que se modifica en la medida en que esas otras configuraciones culturales cambian en el espacio y en el tiempo. Sería más pertinente entonces hablar de culturas obreras y no de cultura obrera: las formas de respuesta alternativa cultural que pueden tener vigencia y eficacia en un momento y lugar dados, no lo tienen en cambio en otros contextos históricos y espaciales. De aquí la necesidad de hacer historias, periodizaciones, regionalizaciones, análisis por ramas industriales de la cultura obrera.

El significado explícita o implícitamente impugnador de la cultura obrera permite diferenciar ésta de la “cultura de los obreros”, del “folklore” que descubre la práctica etnográfica al acercarse al mundo obrero. Así, puede hablarse de grados y niveles de impugnación en la cultura obrera sin que esto signifique itinerarios unilineales en la conciencia y en la acción obreras sino respuestas históricas alternativas.

La cultura obrera surge de determinantes históricas derivados de la posición de las clases trabajadoras y se expresa en instituciones y prácticas sociales. La experiencia común y compartida de los obreros, crea lazos de identidad y conciencia de pertenencia de clase, lo que se expresa en prácticas culturales.

La cultura obrera es parte de la cultura popular subalterna, no como un “sumando” más del total sino como una forma particular de expresión de la cultura del proletariado. El trabajo industrial es uno de los elementos determinantes de esta particular forma de expresión y vivencia de la cultura popular. Por eso, la cultura obrera es primariamente una cultura del trabajo, de la cooperación, de la resistencia a la división capitalista del trabajo. Los espacios de la organización, en especial sindical, y de la reproducción son también ámbitos donde se definen históricamente modelos culturales obreros enfrentados a los de los patrones y del Estado. Las formas cambiantes de la organización sindical y las propuestas de gestión obrera sobre las condiciones de la reproducción no sólo expresan estrategias de la acción de los trabajadores sino concepciones, valoraciones y comportamientos culturales.

El espectro de interpretaciones sobre la cultura que hemos reseñado muestra sobradamente los desacuerdos que el tema ha provocado entre los antropólogos. Poco más se puede decir si no es que la labor de investigación sigue desarrollándose en aspectos tales como el estudio de la familia obrera, el impacto de los "mass media" sobre los trabajadores, las concepciones de éstos sobre la salud y la enfermedad, el trabajo, el sindicato, la comunidad industrial, el barrio...etcétera. De los resultados de estas investigaciones dependerá en buena medida las posibilidades de enriquecimiento de esta polémica sobre la cultura obrera.

A modo de conclusión

El recorrido somero que hemos hecho a través de las preocupaciones recientes de los antropólogos mexicanos sobre la clase obrera habla por sí solo de la emergencia de un campo de especialización en el quehacer antropológico

cada vez con un número mayor de adeptos, confrontaciones académicas e intentos explicativos sobre la cuestión obrera.

La antropología industrial y obrera es ya un hecho insoslayable en la práctica docente y de investigación de nuestra disciplina aun cuando todavía no haya encontrado un reconocimiento en las esferas del mercado de trabajo similar al de otras especializaciones de la antropología.

El futuro de la antropología industrial dependerá sin duda de su capacidad para dar respuesta en los próximos años a los nuevos y viejos problemas que la industrialización plantea en sus versiones actualizadas de reconversión técnica, reorganización social y profesional de la clase obrera, redefinición de las relaciones entre el Estado y el movimiento obrero y aparición de expresiones de la cultura obrera.

NOTAS

- (1) Una recopilación bastante completa de la bibliografía sobre el tema puede encontrarse en Novelo, Victoria y Juan Luis Sariago, "Algunas cuestiones de método para el estudio de la clase obrera en México" en *Memorias del Encuentro sobre historias del movimiento obrero*, UAP, Puebla, 1981, Tomo I; Nieto, Raúl, "Algunas consideraciones sobre Antropología y clase obrera en México" y Urteaga, Augusto, "La antropología metida con obreros", estos dos artículos presentados como ponencias en el Tercer Encuentro sobre la práctica profesional de la Etnología y Antropología social en México, México 1983 (Publicados por el CIESAS bajo el título *La antropología y sus sujetos de estudio*, México, 1984).
- (2) Un inicio de esta preocupación es el reciente trabajo elaborado no por arqueólogos sino por historiadores, antropólogos y sociólogos *Arqueología de la industria en México*, Museo Nacional de Culturas Populares, S.E.P., 1984.
- (3) En contra de lo que algunos colegas sostienen nos atreveríamos a postular la independencia, en términos de orígenes históricos, selección de temáticas y objetos de estudio, fuentes de inspiración y orientaciones teóricas— de la antropología urbana y la antropología industrial. La primera tuvo en México una marcada influencia de la antropología urbana norteamericana (Redfield, Lewis, la escuela de Chicago) y no se planteó como tema central del problema de la industrialización y situación de la clase obrera, sino más bien el análisis de la sociedad urbana en la óptica de la transición "folk-urbana" (Redfield). La antropología industrial, en cambio, no ha considerado el fenómeno urbano sino secundariamente y sólo en tanto que elemento relacionado con la reproducción de la clase obrera. Aun esta temática es muy reciente entre los estudiosos de la clase obrera.
- (4) Novelo, Victoria, "La vida obrera, un nuevo campo para la etnología", *Cuicuilco*. (1), julio 1980, pág. 23.
- (5) Como muestra de esta experiencia interdisciplinaria puede señalarse la participación, siempre minoritaria, de los antropólogos en congresos, coloquios y mesas redondas sobre cuestiones obreras en los que la mayoría de los asistentes provienen de otras disciplinas sociales. Este ha sido el caso en los últimos años de los congresos organizados por la Universidad Nacional Autónoma de México, el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, el Centro de estudios históricos del movimiento obrero, etcétera.
- (6) Cfr. Novelo, V. y J.L. Sariago, op. cit. y Nieto, R., op. cit.
- (7) Quizás el ejemplo más significativo de esta corriente de estudios sea la coedición entre el Instituto de investigaciones sociales de la UNAM y Siglo XXI de la colección *La Clase obrera en al historia de México*, coordinada por el Dr. Pablo González Casanova.
- (8) Quizás el primer intento de definición conceptual del "charrismo" y las formas de acción de la burocracia sindical sea el de Alonso, Antonio en *El movimiento ferrocarrilero en México, 1958- 1959*, Ed. Era, México, 1972.
- (9) Véase al respecto Alvarez, Alejandro y Elena Sandoval, "Desarrollo industrial y clase obrera en México", *Cuadernos Políticos*, (4), abril-junio, 1975.
- (10) Cfr. De la Garza, Enrique, et. al. "La investigación sobre la base obrera en México: un balance preliminar", *Nueva Antropología*. (29), vol. VIII, abril 1986, México, pág. 95.

- (11) Ibid.
- (12) Véase la interesante propuesta de Urteaga, Augusto "El brazo y la mente. Notas a la historia del trabajo", *Cuicuilco*, II (8), abril, 1982, págs. 42-45.
- (13) De forma implícita estos dos enfoques pueden verse en Camarena, Mario, "Disciplina e indisciplina: los obreros textiles del Valle de México en los años veinte"; Adleson Lief, "Identidad comunitaria y transformación social: estibadores y petroleros en Tampico (1900-1925)" y Necoechea, Gerardo, "Cinco autoretratos y un ensayo: mujer, trabajo y familia en Rio Blanco (1890-1950)". Estos tres artículos aparecen publicados en *Historias*, 7, oct.-dic, 1984. Véase además Sariego J.L. "La condición del proletariado minero a principios de siglo" y Adleson, Lief, "Industria petrolera", ambos en *Arqueología de la industria en México*, op. cit. También: Sariego J.L. "Los mineros de la Real del Monte, un proletariado en formación y transición", *Revista mexicana de sociología*, (4), 1980.
- (14) Las ponencias presentadas en este congreso a las que me referiré seguidamente sólo han sido publicadas parcialmente hasta la fecha, estando su edición en prensa en la Casa Chata del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores de Antropología social (CIESAS).